

2° COLOQUIO INTERNACIONAL LA NOVELA CORTA EN MÉXICO 1922-2012

*Mesa 4. “La novela corta de la generación de medio siglo”
Miércoles 14 de noviembre, 12:15 horas*

LUZ DE DOS (1978) DE ESTHER SELIGSON

ELSA RODRÍGUEZ BRONDO
Universidad Nacional Autónoma de México

Este amor, en *Luz de dos*, es más que la inmolación de una pareja. Bajo el melancólico calor de Eros aparece el sello de la fugacidad, que tanto interesó a Seligson, tema de su escritura y de su devoción por el teatro, al que definió como “Festín efímero”¹. Las confesiones se sitúan en la moderna Coimbra, una de las capitales medievales de Portugal que en el siglo XIV cobijara la historia de Inés de Castro y Pedro I, relatada en la última parte de esta obra.

Coimbra deambula entre los amantes, y su gente es el artesonado de edificaciones y calles intrincadas. Sólo la discreta presencia de tres mujeres, “tres jorobas negras como tres montículos indescifrables” (Seligson 205), que aparecen al principio de *Luz de dos*, representan más que la escenografía, la figura de las moiras: seres míticos en cuyas manos estaba la vida, su duración y la forma en que ésta primera se extinguía. El amor no escapa a la pérdida irreparable, aun cuando la ciudad milenaria atestigüe una y otra vez la repetición de la ruptura entre los amantes.

¹ Parte del título del libro que dedica Seligson al teatro mexicano, editado por la Universidad Autónoma Metropolitana en 1989, *El teatro, festín efímero*.

Coimbra es una de las ciudades bañadas por el río Mondego, afluente exclusivo de Portugal. Su presencia en la novela, que recuerda a la idea de Heráclito por el fluir constante de sus aguas, es también la constancia que ha bañado la historia de la ciudad. La antinomia entre lo que se desvanece y lo que perdura, de lo elusivo y lo que se enfrenta, hila los cuatro capítulos de *Luz de dos*.

En el primer monólogo, una mujer extranjera descubre la ciudad de la mano de su amante. Todo lo que mira parece atravesado por un tiempo detenido, “Y sin embargo, tú sí estás inscrito en el tiempo, aunque las historias que me cuentes y los sitios que me enseñes sean intemporales y quieras transitar entre ellos como otras historias más. ¿O me equivoco y eres en verdad un espíritu errante enamorado de lo inapresable?” (206). Ella vive en un tiempo presente, viajero, que se aleja mientras el amante aguarda instalado en la nostalgia, en esa melancolía portuguesa que sustituye al aire de la ciudad.

Ella, él, nosotros y ellos servirían para titular respectivamente los cuatro capítulos de *Luz de dos*. Monólogos, poéticos y reflexivos, dedicados a la segunda persona del singular los dos primeros, el tercero dedicado a un nosotros, que es encuentro y desencuentro, y el cuarto, de nuevo desde la voz femenina, descubriendo la trágica historia de Inés Pérez de Castro y Pedro I de Portugal. Ellos, amantes medievales, míticos para la ciudad de Coimbra, en donde el palacio que ocuparon entre los años de 1345 y 1355 lleva, desde el asesinato de Inés, ordenado por el padre de su amante, el nombre de *Quinta das lágrimas*. Su historia es también la de los amantes de Verona o de Teruel, deseo, obstáculos, más deseo, tragedia y esperanza de que el amor triunfe sobre la muerte. Repetición y unicidad que la amante de *Luz de dos* reconoce: “El encuentro siempre es único, cualquiera que sea la época, el esfuerzo que cada generación haga por revalorar el

mundo una y otra vez; y si hoy estamos aquí, ¿quién puede asegurar que no repetimos las mismas palabras y con ellas no vamos alimentando la misma eterna hambre de reconocimiento?” (217). El cuarto y último capítulo no es ya sólo de los amantes contemporáneos, sino de aquellos que unieron conflictivamente a España y Portugal. La voz de la amante se apaga y se enciende la de una cronista, que apela al amado desde la ausencia. Inés de Castro es la protagonista de esta historia, que tiene como destinatario a un ausente.

Luz de dos no descansa en la acción, ni hay un punto clímax, sino contrapuntos, voces que se escuchan a sí mismas, sin la posibilidad de diálogo. Una batalla pasmosa contra lo inevitable entre la separación de los amantes y sus inútiles gestos por entender la catástrofe. La verdadera ruptura en esta breve y extraña obra se da en lo formal y no al interior de una relación amorosa que se sabe perdida de antemano. El cuarto capítulo se revela distinto, descriptivo, narrativo, ensayístico, rompiendo con el tono y el estilo anteriores. Se asimila la erudición del basto material que suscitó la historia de Inés de Castro, no sólo en su época, sino en autores como Luis de Camões o Luis Vélez de Guevara, del que Seligson toma fragmentos de su pieza *Reinar después de morir* de 1652.

Si la antinomia entre la fugacidad y lo que permanece es una de las ideas centrales desarrolladas en la novela de Seligson, también lo es la analogía que se establece entre la relación mítica de Inés y Pedro con la de los amantes contemporáneos, “No tengo, como tú, el prurito de la exactitud; así pues, no importará que lo mezcle todo, que confunda las iglesias, los nombres, las leyendas y hasta nuestra propia historia con la historia de los personajes de Mondego” (211). Pero esta analogía hace más visibles las distancias entre una y otra historia; la antigua, trágica, vuelta el mito del amor que simbólicamente sobrevive a la muerte se enaltece, en tanto la contemporánea sólo cuenta con la escritura de

la amante para sobrevivir, “A ti y a mí no nos espera una magnífica sepultura, el consuelo de la Resurrección, o la eternidad de una leyenda... A ti y a mí nos queda la palabra, únicamente, estas líneas que escribo, como dijo el poeta [Luis Cernuda], ‘para hablar con tu ausencia’...” (229). “Quédate” le dice el amante. “Volveré... sí... Volveré” (210) responde ella. Pero volver no significa regresar al ese tiempo, al mismo cuerpo, a la dolorosa pasión, no al menos en *Luz de dos* de Esther Seligson. Volver, para la amante, es testimoniar la imposibilidad, escribirla, dejar huella de la herida, hacer de las palabras cicatrices.

En este ejercicio de memoria, la presencia de Esther Seligson es tan poderosa, que resulta difícil distinguir rasgos propios en sus personajes. Lejos de ejercicios como el de *Las Olas* de Virginia Woolf, no hay caracterización en las voces de los monólogos, sino afrentas a la representación de lo femenino y lo masculino: la amante abandona y el amante llora. No hay trama que descansa en determinadas acciones, no hay personajes en un estricto sentido narrativo, salvo en el último capítulo: un fascinante ejercicio de contar, desde el espejo amoroso, la vida medieval de Coimbra.

El secreto de *Luz de dos* está en ese melancólico país, del que Seligson fue asidua visitante. Seducción pasajera, porque la magia siempre estuvo en otros sitios para ella, pero al que siempre volvió para saborear esa palabra triste e intraducible, por fortuna, que es *saudade*.

Bibliografía:

Seligson, Esther, “Luz de dos” en *Toda la luz*, México: FCE, 2006, pp. 203-229.